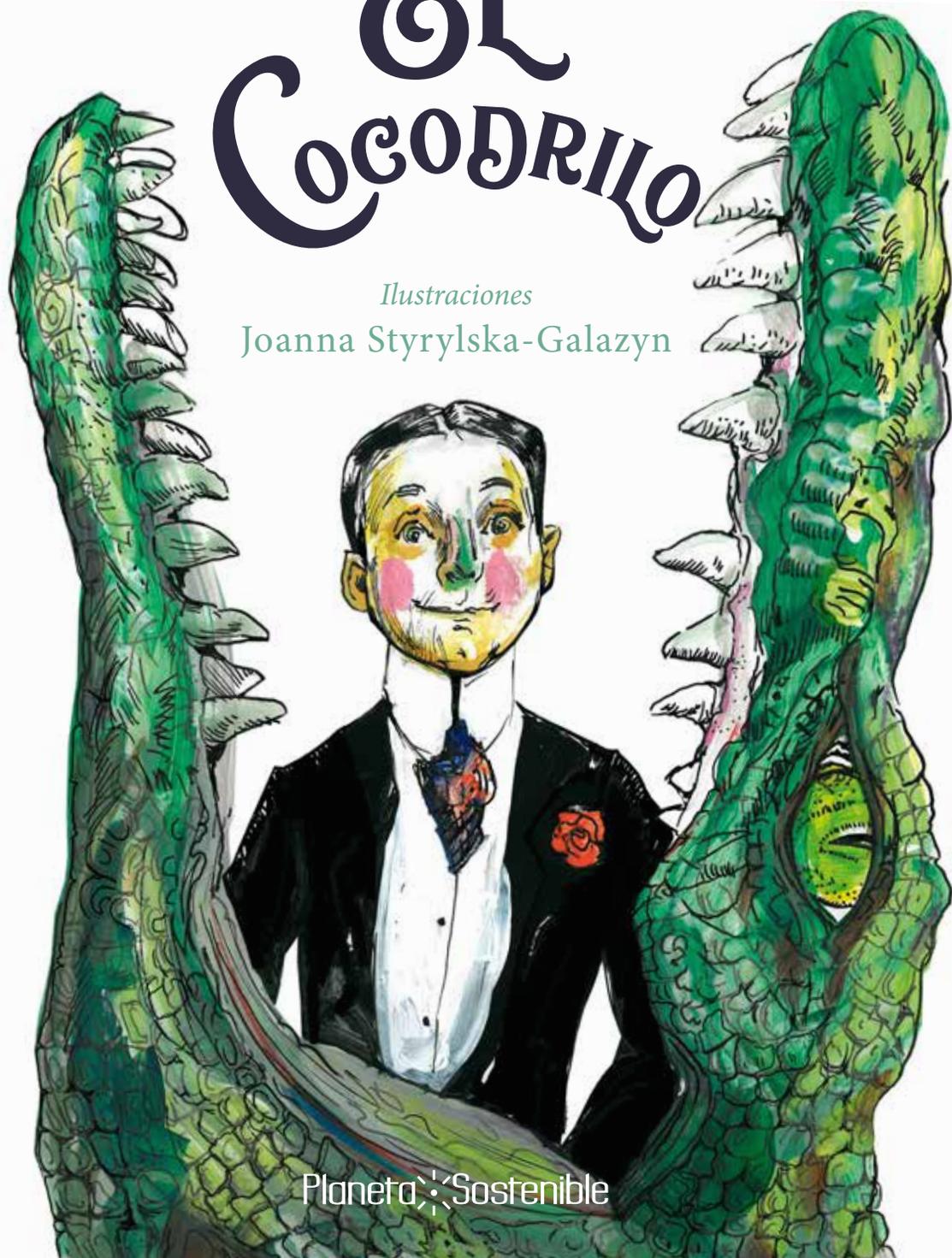


FIÓDOR DOSTOYEVSKI

EL COCODRILO

Ilustraciones

Joanna Styrylska-Galazyn





EL COCODRILO

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Ilustraciones

Joanna Styrylska-Galazyn

Traducción de

Rosa María Montes M.

Extraordinario acontecimiento ocurrido en un zoológico. Historia verídica de cómo a un caballero de cierta edad y cierto aspecto hubo de engullírselo vivo, de una sentada, el cocodrilo del zoológico, y lo que de ello resultó.



*Ohè, Lambert! Où est Lambert?
As—tu vu Lambert?*

I
EL PASAJE



1. ¡Hola, Lambert! ¿Dónde está Lambert? ¿Has visto a Lambert?, en francés en el original.

Un 13 de enero del año 1865, exactamente después del mediodía, Elena Ivanovna, esposa de Iván Matveich, culto amigo mío, colega y pariente lejano, expresó el deseo de ver el cocodrilo que se mostraba en la feria de diversiones conocida como el Pasaje. Al tener ya en el bolsillo un boleto de viaje al extranjero, solicitada la licencia en el servicio (no tanto por salud sino para ver mundo), y estando esa mañana por tanto completamente libre, Iván Matveich no solo no impidió el deseo irresistible de su esposa, sino que él también ardía de expectación.

—¡Maravillosa idea! —dijo contento—. Vamos a ver al cocodrilo. Preparándome para ir a Europa no es mala cosa familiarizarme con los animales extranjeros que llegan a nuestro país.

Y diciendo esto, tomó del brazo a su esposa y se dirigió de inmediato con ella al Pasaje. Yo, según mi costumbre, me uní a ellos como amigo de la casa. Nunca había visto antes a Iván Matveich en tan agradable disposición anímica como en esta mañana inolvidable para mí. ¡Ciertamente no conocemos de antemano nuestro destino!

Entrando en el Pasaje, Iván Matveich comenzó de inmediato a mostrar su admiración por el esplendor del lugar y, acercándose a la tienda en la que se mostraba a la bestia llegada a la capital, él mismo quiso pagarme los veinticinco kopeks para ver al cocodrilo, cosa que antes nunca había sucedido con él.

Al ingresar en la pequeña sala nos dimos cuenta de que, además del cocodrilo, había también loros de una especie exótica de cacatúas, lo mismo que un grupo de monos al fondo, en una jaula especial. Junto a la entrada, en la pared izquierda, había una gran caja de hojalata en forma de bañera, cubierta con una gruesa red de alambre y algo de agua en el fondo. En ese charco poco

profundo yacía un enorme cocodrilo, tumbado como un madero, absolutamente sin movimiento; en apariencia había perdido todas sus habilidades a causa de nuestro clima, crudo e inhóspito para los extranjeros. Al principio el monstruo no despertó en ninguno de nosotros una curiosidad especial.

—¡Así que este es el cocodrilo! —dijo Elena Ivanovna con alguna decepción en la voz, como arrastrando las palabras—. ¡Y yo creí que era de otro modo!

Lo más seguro es que ella pensara que estaba cubierto de brillantes.

A nuestro encuentro salió el dueño del cocodrilo, un alemán, que nos miraba con un aire extremadamente orgulloso.

—Tiene razón de estar así —murmuró Iván Matveich— porque se da cuenta de que ahora es el único en toda Rusia que puede mostrar un cocodrilo.

Este comentario tan absurdo lo achaco al estado de ánimo bastante bonachón de Iván Matveich, en otras ocasiones más bien envidioso.

—Me parece que su cocodrilo no está vivo —habló nuevamente Elena Ivanovna, en tono cáustico debido a la soberbia del dueño; pero se dirigió a él con una graciosa sonrisa para no parecer grosera, lo que es una maniobra propia de las mujeres.

—Oh, no, señora —respondió aquel en un ruso incorrecto, al tiempo que levantaba hasta la mitad la malla de la caja y daba al cocodrilo un palo en la cabeza. Para mostrar signos de vida, el horrendo monstruo movió levemente las patas y la cola, levantó el hocico y emitió algo parecido a un largo resuello.